

Traducción

Der Spiegel, 26 de junio de 2000, n.º 26/2000, págs. 71, 72 y 73

En la red de Monsieur —por Andreas Ulrich

Tras el hallazgo de kilos de joyas en un edificio antiguo, podría resolverse uno de los delitos más espectaculares de Alemania: el caso de los millones en torno al joyero Düe.

En teoría, este hombre es lamentablemente pobre, pero no pasa ninguna penuria: la magnífica casa de Sylt en la que vive René Düe pertenece a su hermana, y el Mercedes SL que conduce es prestado. El que fuera joyero de famosos de Hannover vive recluido en la isla de los famosos de Alemania y solo disfruta del lujo gracias a la generosidad de sus amigos. Y es que, por motivos legales, Düe, de 54 años, no puede poseer oficialmente nada.

En un robo aún sin esclarecer que tuvo lugar en su tienda de Hannover en 1981, desaparecieron joyas, oro y relojes por valor de más de 13 millones de marcos, que, por si fuera poco, no le pertenecían. Y a los propietarios les gustaría recuperar sus tesoros.

Dado que fue el propio Düe quien abrió la puerta a los atracadores, que la caja fuerte estaba abierta y que, posteriormente, facilitó al detective privado Werner Mauss, de 60 años, algunas de las piezas denunciadas como robadas, la aseguradora se niega hasta hoy, con éxito, a indemnizarle por los daños. Tanto el detective como la aseguradora creen que Düe montó él mismo el atraco.

Ahora, 19 años después, tal vez el caso pueda esclarecerse por fin: el martes de hace dos semanas aparecieron por casualidad once paquetes con joyas del botín, con un peso total de 10,8 kilogramos; estaban escondidos en un antiguo local comercial de la familia Düe.

Con ello, uno de los casos más espectaculares de la historia criminal de Alemania vuelve a ser el centro de atención. Las viejas heridas se reabren. Se trataba de policías ambiciosos y métodos de investigación ilegales. Al final, ante una comisión de investigación del Parlamento regional de Baja Sajonia, el Estado de derecho se vio puesto a prueba. Algunas de las personas implicadas siguen sufriendo las consecuencias hasta hoy.

El drama comenzó el 31 de octubre de 1981: un cartero que iba a entregar dos envíos de valor encontró a Düe tendido en el suelo, inconsciente, en su elegante joyería. Tenía una herida sangrante en la cabeza y le salía vómito por la boca. La madre de Düe estaba acurrucada en la galería, amordazada y completamente aterrorizada. La caja fuerte estaba abierta y faltaba su contenido. Las pérdidas ascendían a 13 665 962 marcos.

A través de un anuncio en el periódico y de una postal, Düe había anunciado a sus clientes una exposición de piezas exquisitas para ese día. Sin embargo, antes incluso de la inauguración, poco después de las 9 de la mañana, dos hombres elegantemente vestidos y con maletines de piloto llamaron a la puerta; tenían

aspecto mediterráneo, según recordaron más tarde los testigos. Düe afirma que abrió la puerta porque esperaba a un socio.

Los dos hombres golpearon a Düe con brutalidad. El joyero permaneció ingresado en el hospital durante dos semanas. El botín consistía principalmente en mercancía en comisión, aunque también había algunas joyas personales, por valor de aproximadamente medio millón de marcos. Debido a la exposición, Düe había aumentado la cobertura de su póliza con la aseguradora Mannheimer. Düe achacó que la cámara de vigilancia estuviera apagada y la caja fuerte abierta a los preparativos de la exposición.

Sin embargo, ni los investigadores ni la aseguradora le creyeron del todo desde el principio. Rápidamente, Düe —que ya había sido asaltado y robado en otra ocasión— pasó a ser sospechoso de haber simulado el asalto. La aseguradora se negó a indemnizarle por los daños. Primero había que esperar a que concluyeran las investigaciones. Düe se vio sometido a una enorme presión. Y la policía no encontraba ningún rastro de los atracadores.

Ahí entró en escena Werner Mauss. Mauss era por entonces todavía un fantasma, el agente más secreto de Alemania, colaborador civil de la Oficina Federal de Investigación Criminal (BKA). Casi nadie podía saber qué aspecto tenía. La policía de Hannover había acudido a la BKA en busca de ayuda, afirma Mauss.

El agente más exitoso de Alemania, que según sus propias declaraciones ha detenido a 2000 delincuentes, comenzó ya en los años sesenta a infiltrarse en bandas criminales y terroristas. Los iniciados lo llamaban por entonces, con respeto, la «Institución M». En 1976 detuvo en Grecia, por encargo de la BKA, a Rolf Pohle, buscado por terrorismo en aquel momento; anteriormente había recuperado la mayor parte del tesoro robado de la catedral de Colonia y había detenido a los autores. Poseía diversos documentos de identidad a nombre de diferentes personas y hacía las delicias de los policías al llevarlos consigo en viajes de servicio por medio mundo. El sector de los seguros se hacía cargo de los gastos; en cambio, según Mauss, nunca recibió honorarios por resultados. «Nunca hice ese tipo de trabajo híbrido. Eso habría tensado la relación con los policías con los que colaboraba».

Mauss se hizo cargo del complicado caso. «Había pedido unos días para pensarlo y me enviaron el expediente. El asunto me intrigaba», afirma. El detective comenzó a tejer una red en la que más tarde él mismo quedó atrapado. El caso Düe terminó en una catástrofe para Mauss, ya solo porque pasó de ser un fantasma a convertirse en un personaje: desenmascarado y con la reputación de utilizar métodos dudosos.

En la comisión de investigación ante el Parlamento regional de Baja Sajonia sobre el caso Düe, sus artimañas fueron criticadas públicamente. Las autoridades investigadoras tuvieron que soportar la acusación de que no eran ellas las que dirigían a Mauss, sino al revés. El dinero de las aseguradoras de Mannheim acabó en cuentas privadas de los investigadores, que lo utilizaban para financiar sus viajes de trabajo. Finalmente, incluso apareció una foto suya. Su mito se había visto empañado y su trabajo en la zona gris se había vuelto mucho más difícil.

Cuando, años más tarde, pasó meses en prisión en Colombia, sus detractores se regocijaron, pensando que por fin recibía el castigo que se merecía. La acusación: había pagado un rescate a los guerrilleros por la liberación de rehenes sin el

conocimiento del Gobierno. Sin embargo, un tribunal colombiano absolvió a Mauss de todos los cargos en mayo de 1998.

Por aquel entonces, en Hannover, Mauss se lanzó a la aventura con total despreocupación. Se presentó al joyero como «Claude» a través de intermediarios hábilmente colocados en su entorno, haciéndose pasar por representante de un hombre rico que quería invertir dinero. Düe debía abrir una joyería para este desconocido en la mejor zona de Hamburgo; él era precisamente el hombre adecuado. Se acabaron las minucias, solo cosas de lujo.

Solían reunirse sobre todo en el extranjero. Mauss, alias «Claude», recurrió a diversas artimañas para seguir la pista del joyero durante sus diversas «reuniones». El agente había colocado micrófonos ocultos en coches y habitaciones de hotel, recuerda un investigador; jueces alemanes firmaron órdenes para la intervención de las líneas telefónicas del entorno de Düe, pero el joyero no dijo ni una palabra que lo delatara como autor del delito.

En el verano de 1982, por ejemplo, «Claude» fletó en la Costa Azul un lujoso yate a motor para Düe y sus personas de confianza y los envió al Mediterráneo. El yate estaba, por supuesto, pinchado, y en un segundo barco que lo seguía discretamente se encontraban policías franceses y alemanes. Sin embargo, la calidad de la transmisión era mala, apenas se entendía una palabra.

Poco después, en agosto de 1982, tras meses de investigaciones y «medidas para fomentar la confianza», la trampa finalmente se cerró. Düe envió a su supuesto socio «Claude», en una maleta escondidas entre toallas, quince valiosas piezas de joyería al Hotel Columbus de Bremen. Todas y cada una de ellas las había denunciado previamente como robadas; Mauss afirma que Düe le propuso llevar las joyas a Nueva York para entregárselas a un receptor. Allí, las piezas iban a ser incautadas por la policía, que había sido informada gracias a un chivatazo; la maniobra tenía como objetivo incriminar a un proveedor neoyorquino. De este modo, se restablecería la reputación de Düe, que se encontraba en peligro, se daría verosimilitud al robo y se obligaría a la aseguradora a pagar.

El caso parecía claro: un juez dictó una orden de detención contra Düe. El Tribunal Regional de Hannover lo condenó el 4 de enero de 1984 a siete años de prisión por «simulación de un delito, intento de estafa y malversación».

Todo parecía indicar que Mauss había vuelto a dar en el blanco; no tiene remordimientos, ni siquiera por las escuchas ilegales: «Todo eso estaba acordado con la Fiscalía». Sin el «apoyo logístico» de las autoridades, no habría podido investigar de esa manera.

Los recuerdos de Düe son muy diferentes. Según él, Mauss insistió desde el principio en que había que resolver rápidamente el asunto del seguro para poder ocuparse del nuevo negocio que tenían previsto. La idea de colocar joyas en poder del receptor habría sido del detective. Mauss incluso habría insistido en que se reprodujeran piezas a partir de fotografías para poder pasárselas luego al receptor. Sin embargo, según afirma Düe, al final fue él mismo quien encontró «por casualidad» las piezas supuestamente robadas en su taller, donde, al parecer, estaban para ser reparadas.

Aún hoy, Düe no pronuncia el nombre de Mauss. Se refiere a él como «Monsieur». «Si no», dice Düe, «me deja un sabor asqueroso en la boca». El joyero pasó 870 días en prisión tras la primera sentencia. El 13 de marzo de 1989, sin embargo, el abogado de Hannover Elmar Brehm logró una sensacional segunda sentencia en un proceso de revisión ante el Tribunal Regional de Braunschweig: la absolución de Düe. El tribunal dio crédito al joyero: las joyas supuestamente robadas que Düe había entregado a Mauss no eran relevantes como prueba, ya que Mauss se había hecho con la mercancía de origen ilícito mediante métodos ilegales.

«En aquel entonces», afirma hoy Brehm, «contribuimos a la victoria del Estado de derecho». Brehm había luchado por Düe por convicción política, ya que se trataba de una lucha contra el Estado vigilante y contra los investigadores que se pasaban de la raya. El jurista sigue defendiendo esa postura. Solo que ahora Brehm tiene un problema, al igual que todos aquellos que en su momento defendieron a Düe y condenaron a Mauss. Desde el punto de vista jurídico, Düe es tan inocente como se puede ser. De hecho, recibió del estado federado de Baja Sajonia 2,5 millones de marcos por la supuesta injusticia que sufrió. Pero el hecho de que las joyas hayan aparecido ahora en una antigua vivienda de Düe no pinta bien. «Entonces se rehabilitará injustamente a Mauss y toda la problemática real de aquel entonces pasará a un segundo plano», teme Brehm, y probablemente con razón.

Y es que podría ser que Mauss, el supuesto villano, tuviera muy buen olfato. Una vez más: unos obreros encontraron las joyas, cuidadosamente empaquetadas, en el techo de una pequeña joyería situada entre el bar «Kalauer» y el «Teestübchen», en el Ballhof de Hannover. El joyero Horst Ackermann se había hecho cargo del negocio en 1985 de su jefe —el padre de René, Friedrich Düe, fallecido en 1990— y lo había regentado hasta hace poco. Ahora, los nuevos propietarios están reformando esta idílica casa cubierta de enredaderas. Se están derribando y enluciendo de nuevo las paredes, y se está restaurando el suelo.

Inmediatamente después del hallazgo, los jóvenes joyeros Ackermann pidieron ayuda al abogado de Hildesheim Martin Fett. Enseguida tuvieron claro que el tesoro debía proceder del caso Düe, y temían que esto supusiera un mal comienzo para su negocio.

Los once paquetes estaban cuidadosamente envueltos con cinta de embalaje marrón. El abogado Fett abrió uno de ellos, contó 163 anillos y vio en ellos las etiquetas de precio con la inscripción «Juwelier Düe». El jurista llevó los paquetes a la comisaría más cercana. El joven agente que estaba en el mostrador no supo al principio qué hacer con el hallazgo millonario, pero un compañero de más edad lo recordó.

Ahora las joyas se encuentran en la Oficina Regional de Investigación Criminal.

Desde el punto de vista penal, el joyero no tiene prácticamente nada que temer. Düe, como bien sabe Thomas Klinge, de la Fiscalía de Hannover, ha sido absuelto de todos los cargos mediante una sentencia firme. Ni siquiera puede ser calificado ya como sospechoso. «No estamos investigando al señor Düe, sino a desconocidos por robo», afirma Klinge.

Esa es la única posibilidad que queda para seguir tramitando el caso. Así pues, se está tomando declaración a los testigos y se están analizando las huellas dactilares

de los objetos hallados. Con mucho cuidado, utilizando guantes de goma y pinzas, los especialistas de la Oficina Regional de Investigación Criminal retiraron las tiras adhesivas de las once cajas de envío en las que estaban empaquetadas las joyas encontradas.

Esperan que el autor haya dejado pelos o partículas de piel en la cinta adhesiva que puedan permitir un análisis de ADN para obtener la huella genética. Si, a pesar de todo, no se pudiera demostrar que se trata de un robo, la Fiscalía probablemente tendrá que comunicar que no han surgido nuevas pistas.

Sin embargo, hay otra pista que conduce a Turquía, a Estambul. Allí, en 1992, Aydin Y., que entonces tenía 34 años, fue condenado a 17 años de prisión por asesinato. El turco había asesinado brutalmente a su amigo Nevzat A., con quien había pasado varios años en Hannover. Estranguló a su víctima en una habitación de hotel y, a continuación, le cosió la boca con hilo grueso. Un castigo muy habitual en la mafia para quienes hablan demasiado.

Al inicio del juicio, Aydin Y. declaró que René Düe le había encargado el asesinato de su socio para silenciarlo. Según informa el diario «Hürriyet», el joyero los había contratado para el atraco a su tienda. Sin embargo, Düe no pagó y, ante ello, su socio quiso deshacerse del hombre de Hannover. Por el asesinato debía recibir 225 000 marcos.

El abogado de la familia del asesinado, Aydin Coşar, explicó que las autoridades alemanas no habían querido seguir esa pista y que las pruebas eran demasiado escasas para presentar una acusación en Estambul.

Además, durante el juicio, el asesino se retractó de la parte de su declaración que incriminaba a Düe.

El joyero Düe, que en unas semanas tiene previsto inaugurar un nuevo taller de joyería en el lujoso barrio de Keitum, en Sylt, bajo el nombre de Dué y con la ayuda de amigos con gran poderío financiero, se mantiene firme en su versión de los hechos: todo son calumnias maliciosas, la telaraña de «Monsieur». «No me enteré hasta el viernes, tras la aparición de las joyas, y me alegré muchísimo de que el caso por fin se hubiera esclarecido y se pudiera demostrar mi inocencia», afirmó Düe.

Sin embargo, poco después le invadió de nuevo la vieja desconfianza y se despertaron viejos temores, se lamenta. ¿Está detrás del hallazgo, una vez más, el sistema de «Monsieur»? ¿Una nueva intriga? O, una sospecha increíble, ¿podría incluso su propio padre haber tenido algo que ver con el asalto que sufrió?

Pero eso es, sin duda, una sospecha realmente increíble.

<http://www.spiegel.de>